

LA INEVITABLE VISION SOMBRIA

María Antonieta Flores

Sobre la relación del escritor, del poeta con la realidad, se ha reflexionado desde diversas perspectivas. Es éste un tópico con muchos aspectos inagotables, puesto que es cambiante como las épocas y las ideologías que rigen las manifestaciones sociales, políticas, económicas y culturales. Que la realidad determina en gran medida, la producción estética de una época, es evidente; como también lo es que esa realidad es transformada de diversas maneras dependiendo de la intención y de la visión de mundo del artista. Rafael Arráiz Lucca presenta en su poema "Pesadumbre en Bridgetown",¹ el peso de una realidad adversa. La multifonía de voces, tonos y situaciones van hilvanando una aflicción cuyos asideros al momento y a la situación presente son innegables, pero simultáneamente se reviste de universalidad. Es ésta la contradicción beneficiosa de un discurso que al mismo tiempo que posee suficientes rasgos para insertarlo en unas coordenadas espacio-temporales, los posee para trascender ese territorio.

Al leer "Pesadumbre en Bridgetown", es inevitable relacionar este texto con "El cielo de París" de Yolanda Pantin. Ambos poemas expresan directamente (el primero, en la contraportada; el segundo, en el primer verso) su filiación con "La tierra baldía" de T.S. Eliot. Esta "coincidencia" en la obra de los dos poetas venezolanos demuestra, entre otras cosas, la cercanía generacional y estética de ambos.

El texto de Arráiz Lucca tiene su fuente estilística y conceptual en el gran poema de Eliot, por ello está elaborado a partir del discurso fragmentario. Se está así ante un procedimiento que evidencia la selección y reelaboración de distintos aspectos de la realidad que son organizados en un caos evidente. Es obvio que tras el fragmentarismo, al igual que en el monólogo interior, se encuentra la intención de presentar la realidad tal como es percibida por un

sujeto: a retazos, en fracciones que van constituyendo una estructura interna, la cual muchas veces no es captada como totalidad. Por esto, se está ante un discurso poemático que se inserta en lo universal, lo particular, lo cotidiano, lo trascendente. En un solo texto y en partes diferenciadas coexisten distintos niveles: el pequeño mundo de lo familiar junto a los sucesos mundiales (la guerra, el derrumbe de la URSS), los desconocidos que tropiezan con nuestro transcurrir, la religión, el preguntarse sobre el mundo y sobre el ser que se es. Todo esto conforma una búsqueda de la totalidad a través de lo fragmentario, búsqueda paradójica que muestra a un yo frente a su realidad, la cual es una y de muchas caras, al igual que ese yo doliente que se interroga

¿Cuál de ellos alzará la voz
con mayor elocuencia?
¿A quién obedecerá este cuerpo
que no sabe a cuál de todos pertenece?
¿Dónde estará el que se arrobaba a los quince
con la sonrisa de las mujeres
recién dispuestas para el amor?
¿Vivirán todos siempre en mí
o algunos comenzarán a irse? (p. 9)

A lo largo del discurso, como manifestación de esa totalidad que se busca en el discurso, hay oscilación entre lo pesimista y lo optimista, lo positivo y lo negativo. Frente a los muertos que ha dejado la guerra y la falta de ley, “la montaña / infunde en mí la alegría” (p. 5). La tierra negra como símbolo de lo fértil (referencia por oposición al poema de Eliot) suprime y “es un bozal atado a la oreja” (p. 13).

“La tierra negra aunque fértil
es tierra de cemento en el estómago” (p. 12).

Pero, pese a esta oscilación, domina lo negativo y la pesadumbre recorre cada verso y se manifiesta en símbolos como el negro, perro, cuerpo, tierra y cuervo (símbolo que remite al poema de Poe). Este predominio es más que notorio en los versos finales y los dota de un carácter determinante, sin dejar de traslucir un destello de ironía.

En la tierra negra una estaca
y sobre la estaca un cuervo
satisfecho
pétreo
estúpido (p. 13)

Así, el discurso pesimista, característico de nuestra literatura, inevitablemente emerge de nuevo, sólo que tal como las corrientes creadoras de las últimas décadas lo han impuesto, se manejan las fuentes (primordialmente el poema de Eliot) en un juego de intertextualidades y de guiños, que hacen de la lectura de "Pesadumbre en Bridgetown" un encuentro con una voz que se inventa a sí misma al escudriñar a otra.

1 Arráiz Lucca, Rafael. *Pesadumbre en Bridgetown*. Caracas: Editorial Pequeña Venecia, 1992.